

MARÍA CALCAÑO

CANCIONES

que oyeron mis
últimas muñecas



 **Banesco**
Contigo

CLÁSICOS
VENEZOLANOS
POESÍA



MARÍA CALCAÑO

CANCIONES QUE OYERON MIS ÚLTIMAS MUÑECAS

| 1956 |



Cyngular

CANCIONES QUE OYERON MIS ÚLTIMAS MUÑECAS

María Calcaño

Editores:

Vicepresidencia de Comunicaciones
y RSE de Banesco y Cyngular

Producción general:

Cyngular Asesoría 357, C.A.

Productor ejecutivo:

Sergio Dahbar

Productora asociada:

Mariela Colmenares

Coordinación editorial:

Francis Lugo

ISBN: 978-980-425-127-6

Depósito Legal: DC2024002253

ISBN: 978-980-425-127-6



Cyngular

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informativo, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

COLECCIÓN
CLÁSICOS VENEZOLANOS

I.

Alrededor de 1450 –quizá un poco antes– aparecieron en Europa libros distintos a los que existían hasta entonces: ya no provenían de los monasterios, donde las órdenes religiosas habían creado disciplinadas estructuras de producción de libros copiados a mano, sino que habían sido reproducidos con un método –un artefacto– ingenioso y muy simple: sobre una plancha se disponían unos tipos móviles y una pieza de papel o una vitela, que era sometida a la fuerza de una prensa. Debidamente encuadrados, un artesano de la impresión podía reproducir veinte ejemplares o más, en el tiempo en que un copista hacía un ejemplar.

En realidad, la famosa Biblia de Johannes Gutenberg, que estuvo lista en 1455, después de al menos cuatro años de trabajo sostenido, no fue la primera obra impresa con tipos móviles. Fue, eso sí, la primera obra de grandes magnitudes. Y la de mayor fama. Así, de Gutenberg puede afirmarse que fue uno de los inventores de la imprenta en Europa. Ahora sabemos que en Asia, concretamente en Corea, ya se imprimía con tipos móviles y una prensa mecánica en el siglo XIII.

El surgimiento de la imprenta no puede explicarse solo como fruto de la pura voluntad inventiva. Había una demanda real:

crecía el número de clérigos que debían formarse y se fundaban nuevas universidades en Italia, Francia y Alemania. Los primeros impresores fueron artesanos que vendían sus libros en un mercado incipiente, que comenzaba a crecer.

En casi cinco décadas, entre 1450 y 1500, la suma de los tirajes conocidos, alcanzó en Europa los 20 millones de ejemplares. Conviene contrastar ese dato con este otro: la población del continente era de 100 millones, aproximadamente. Son números muy llamativos, si se tiene en cuenta que los tirajes eran muy pequeños. En 1469, por ejemplo, el dux de Venecia, Nicolo Tron, fue informado de que un impresor había hecho 100 ejemplares de las cartas de Cicerón. Hizo que lo llamaran para recordarle que no podía vender su mercancía a los otomanos, enemigos históricos de los venecianos.

Hacia finales del siglo XV y comienzos del XVI, los tirajes comienzan a crecer: se necesitaban más libros para que los sacerdotes pudiesen cumplir con sus objetivos evangelizadores y pedagógicos o para que los jóvenes, en los castillos o en los seminarios, pudieran leer a sus maestros.

La aparición del libro reproducido mecánicamente reconfiguró el mundo: permitió que el conocimiento acumulado en monasterios y bibliotecas saliera de esos recintos hacia los hogares y los lugares de enseñanza; dotó a maestros y alumnos de un instrumento excepcional –los libros–, que vino a potenciar la transmisión del saber de una generación a la siguiente; ofreció a los autores un instrumento portátil, disponible para viajar de un lugar a otro, por encima de cualquier frontera cultural, lingüística, política, religiosa o de otra índole.

Durante cinco siglos, sin nada que lo amenazara, el libro reinó indiscutible. La irrupción de internet y la revolución digital ha afectado al libro, en el sentido de que el promedio de los tirajes ha disminuido, con amplias diferencias entre uno países y otros, en un rango que oscila entre 30 y 70%. La consecuencia de esta

tendencia, hasta ahora, es que el libro impreso en papel se mantiene vigente, al tiempo que el libro digital ya ha comenzado a ganar terreno, con todas las ventajas de que se produce a costos muy bajos, y tiene un potencial de circulación casi ilimitado.

II.

Desde aquella etapa inicial de crecimiento de los tirajes –primeras décadas del siglo XVI– hasta nuestro tiempo, al libro lo ha rodeado la cuestión crucial de la popularización. Pedagogos, editores, autores, planificadores, académicos, político e intelectuales se han preguntado una y otra vez cómo llevar los libros a una mayor cantidad de lectores; cómo hacer que las familias estimulen la experiencia de la lectura entre los niños. Se han preguntado cómo hacer para que el discurso –que goza de aceptación casi universal–, de que el libro continúa siendo una herramienta crucial en la conformación del pensamiento de las personas, deje atrás lo retórico y se convierta en hechos concretos.

Entre los primeros títulos cuyos tirajes cruzaron la línea de los 1000 ejemplares, había catecismos para jóvenes y manuales concebidos para uso pedagógico. La historia de la expansión del libro impreso ha sido indisoluble de la expansión de la escolaridad. Cada vez que alguien se pregunta en el mundo cómo educar a más personas o cómo mejorar la calidad de los contenidos educativos, la pregunta de la accesibilidad de los libros reaparece inevitable.

III.

Basta recordar la extraordinaria iniciativa de la Biblioteca Popular Venezolana, creada a mediados de los años cuarenta por el Estado venezolano, bajo el empuje de Mariano Picón Salas, para que constatemos que la preocupación por producir libros a costos

accesibles, y con ello promover la literatura de nuestro país, cuenta con ese antecedente fundamental, que no puedo dejar de mencionar aquí. Aquella colección, que superaba los 120 títulos, que se regalaban o se vendían cada uno por un ‘real’ –medio bolívar–, es uno de los hitos culturales fundamentales del siglo XX venezolano. En muchos hogares venezolanos es posible encontrar esos pequeños volúmenes que cumplieron una valiosa tarea divulgadora de obras narrativas, poéticas y ensayísticas.

Entre las muchas iniciativas recientes, desde distintas instituciones y entidades culturales, públicas o privadas, otra que quiero anotar aquí, es el consecuente trabajo realizado por el Banco del Libro, entidad sin fines de lucro fundada en 1960, cuya gestión y proyectos han recibido importantes reconocimientos dentro y fuera de Venezuela.

En su medida, la colección *Clásicos Venezolanos* viene a sumarse a una corriente de meritorios esfuerzos –los dos mencionados y muchos otros–, guiados por la misma doble preocupación: el acceso a los libros y la promoción de la lectura.

Clásicos Venezolanos intentará ofrecer una contribución en estos términos: que 20 libros en formato digital estén disponibles gratuitamente en nuestra web, durante la primera etapa, cada uno acompañado de textos que contribuyen a la comprensión de la obra, y de un video, en el que un docente experto en el tema dictará una clase sobre la misma. La idea de los promotores de esta iniciativa, es que, más que solo ofrecer los textos de unas determinadas obras literarias, Banesco ponga a disposición una especie de paquete pedagógico –el libro, los textos de apoyo y el video con la clase dictada por expertos– para uso de docentes, estudiantes y de cualquier otro lector que se interese por la riqueza literaria venezolana.

Lo que tantas veces he dicho, lo reitero aquí: llevo conmigo una profunda confianza en la Educación, que se ha fortalecido con el

paso del tiempo. La premisa que dice, Educar es la más estratégica de las inversiones, es relevante para las personas, las familias y la sociedad. Nos interesa a todos por igual: educar y ser educados, en una interacción que trasciende los límites del hogar y la escuela, y se proyecta al desempeño laboral y a cada hecho de la vida cotidiana.

La política de Responsabilidad Social Empresarial de Banesco, y los programas específicos en los que invierte tienen su origen y su destino se fundamentan en lo que llamo el credo educativo. Credo educativo significa para nosotros que, ante la magnitud y complejidad de las demandas urgentes y estructurales que tiene la sociedad, Banesco ha escogido concentrar su contribución en determinadas iniciativas de orden educativo, incluyendo en ello algunas que también tienen un carácter cultural.

Y ese es el paradigma con el que ofrecemos la colección digital *Clásicos Venezolanos*: el paradigma que nos compromete a continuar prestando nuestro apoyo a iniciativas a favor de la educación venezolana, el paradigma que nos recuerda que la Educación es el único camino sostenible para hacer posible el progreso de Venezuela.

Juan Carlos Escotet Rodríguez

FUNDADOR Y PRESIDENTE DE BANESCO INTERNACIONAL

POEMAS



1

Había olvidado las muñecas
por venirme con él.

De puntillas,
conteniendo el aliento
me alejé de mis niñas de trapo
por no despertarlas...

Ya me iba a colgar de su brazo,
a cantar y a bailar
y a sentirme ceñida con él:
como si a la vida
le nacieran ensueños!

Yo no llevaba corona,
pero iban mis manos colmadas
de bejucos floridos de campo,
de alegría, de amor, de fragancias.

Muchas noches pasaron encima
de aquella honda pureza sagrada.
Todo el cielo volcado en nosotros!

Había olvidado las muñecas.

Ahora él se ha ido:
lo mismo.
Despacito, por no despertarme...

2

Me miró con cariño
y sin conocerme
me besó en las manos.

Cuenta, madre,
por qué lo ha puesto alegre
mi llegada?

Me temblaban los labios,
ni me cabía el alma,
y me puse a cantar.

Yo no pensaba
que era mi señor,
pero era mi poeta
y su verso fue una cadena
sobre mi corazón.

Yo no pensaba que era mi señor!
Pero se ha ido
y están con lágrimas mis ojos...

3

Camino de la feria
todos los pocitos dulces que encuentro
me retratan!
Con la cesta de frutas,
la funda de vuelos,
y la pañoleta bordada.
Así mismo como me miro en tus ojos.

Cientos de ranitas cantan
cuando llueve.
Yo también.

Cuando te mueras,
serán tus ojos como ese charquito seco
de la esquina?

Sentada en una piedra
lloro.

Camino de la feria
ya no salto,
ni canto,
ni me retrato junto a los sapitos,
ni me importa la feria!

4

De la casa al camino
mis ojos van y vienen...
Lucecitas vacilantes
extendidas hasta los vuelos
que da tu vestidura
al andar.

Alguna vez llegarás!
Alguna vez llegaremos!
Sobre un banquito de piedra
de nuestro mismo tamaño
dormiremos.
Acariciándote los negros cabellos
caídos sobre mi rostro,
te estaré besando
en plena noche de angustia.

Y Marzo, nuestro Marzo,
maravillado, y único,
como lleno de espejos,
nos volverá a ver juntos.

5

No atinaba a verme
en la espesa noche,
y ya se había inclinado
hasta mi oído
para decirme que soy hermosa.

Fue como un vientecillo suave
que pasara por mis ropas,
un hallazgo de nidos;
una dicha.

Y se soltaron mis cabellos
cubriéndome toda,
como un manto...
Y cayeron mis ajorcas!
Y brillaron sus ojos.
Y aletearon sus manos...

Y entre tantos lazos
y prendas desprendidas
no se veía
su conmovida mano.

Con su distancia de ópalo
la nueva mañana
alcanzó a ver mi guirnalda vencida...

6

Toda la noche
te ha dado en qué pensar
mi llegada.

Al fin has escrito
con un palito
sobre la arena de la playa:
¿dónde ha perdido aquella sencillez
que la hacía adorable?

He corrido a abrazar tu cabeza
contra mi pecho.
Y besando tus cabellos
me he echado a llorar.

Alzaste tus ojos para besarme.
Y por gracia de tus ojos
pienso que más tarde
vas todavía
a encontrarme adorable...

7

Ha salido a la calle...
Se lo he confiado
a esta noche cariñosa de Marzo.

Sacudiendo sus zapatillas
me he encontrado sonriendo
delante
de una de sus pipas.

Parece que su boca
se hubiese quedado allí,
mirándome!

Ruborizada, me apresuro
a correr el cierre de mi blusa.
Abro la ventana
y apagando la vieja lámpara
me siento junto a ella...

8

Su camisa es de tela
corriente.
Pero cuando se acerca
es como una llama
que se abraza a mi cuello.

Porque me olvido de todo.
No sé si grito de amor
o es el trance
de la quemadura
que mi sangre mantiene
como una flor de llama...

Y no conozco su nombre.
Ni recuerdo su cara.
Pero pasa por mi lado
y yo vuelvo a morir.

9

Se había detenido.
Y yo estaba esperando que pasara!

Reía con los ojos.
Me llamaba,
y no eché a correr
por más que lo pensaba,
y no dije ninguna
de aquellas palabras
aprendidas
de mi madre...

Apenas recuerdo
mi vestido celeste
junto a su hondo respirar.
Ya no supe qué pasó de mí!

10 Se ha acercado el pordiosero.

Frente a la casa cerrada
queda.

Deprimido el paso,
contenida el ansia
bajo el harapo doloroso.

Pasa sus dedos
por la pesada
brillante «mano» del aldabón,
sin llamar.

Adentro,
hay algarabía de niños!
y en el jardín hay rosas
que abren para el viento...
Mientras la chimenea
bota su alegre humo.

Y el hombre pobre,
como hipnotizado
sigue allí,
frente a la mano

muda,
sin palma!
Y se le queda su ansia
sin llamar

11 Yo iba por el camino
y volvía la cara a cada paso
para sorprenderlo
en la llegada.
Entonces llevaba grandes lazos
y saltaban en la cuerda...

Hoy ha llegado.
Cuando no lo esperaba!

Presurosa he corrido...
y regando flores
por donde iba a pasar
me eché por último
a sus pies.
(Tantos años
hilando las sábanas
de mi señor!)

Al inclinarse,
el viento aglobaba su manto,
como un arco
sobre nuestras caras unidas.

Y saltando de júbilo
sobre el camino que me lo traía,
empecé a soltar sus sandalias...

12

Qué solo he encontrado
tu cuarto de trabajo!
Arrollada en un rincón,
está la alfombra
que bordara Clorinda,
con sedas de cien colores.

Tu cabeza inclinada sobre el pecho
no me deja ver tu rostro.
Tu amado rostro!
donde advierto
como una lágrima
que pugna
por salir.
He querido acariciarte mucho...
y no sé por qué
sigo sin acercarme,
besándote de lejos.

Nada me has dicho ahora.
Éste no es tu silencio.
Tú no eres tú.
Agobiados estamos
por la misma tormenta.

Pero yo, de rodillas,
mulliré mi cansancio
por seguir esperándote!

13 Hasta el mismo silencio
 ha llegado,
 y no estás.

Como si no existiera
mi corazón!
Caigo abatida sobre la piedra.
Y es cuando tu voz,
agasaja mi rostro,
y apaga mi lágrima,
y mueve mi rosario.

Oh, señor!
en qué lugar me habitas
que yo ignoro?

14 Tiendo los brazos
para saber
todo lo que me darás.

La noche cae detrás de mis hombros.
Mientras yo sueño
y me vuelvo tierna,
como si fuera a llover...

Penderá la noche
de mis hombros delgados.
Pero para tu paso
sembraré musgo blanco.

15

Dejó su reino
para estar confundido entre todos.
Sentado a mi lado
es un campesino más.

Y él, que es grave y arisco,
ahora ha estado alegre,
y una risa buena
le ha corrido por la cara.

Allá quedó el rostro tieso de la vida.
Aquí toda su alma naufraga
en esta dulzura infinita!

El campo!
Mi campo es sólo esto:
alegría, alegría,
alegría callada y desparramada!

16

Hacíamos los dos
una sombra pequeña.
Pequeña y suave
de rama menuda,
de pájaro...

Llevábamos la boca nueva,
las manos locas
como canción

Pero una amargura
fina como una lágrima,
se nos metió por la risa.

Hacíamos los dos
una sombra pequeña...
Y el amor un día
nos hizo una seña torva.

17

Cantabas muy bajito,
casi sin palabras.
Cantabas muy bajito
y me dabas miedo.

Yo estaba tendida a tu lado
como en una playa desconocida,
y el misterio que abría en tu rostro
florecía mi brazo desnudo.

Era como una sombra
echada junto a tu sombra.
Pálida,
con el desvanecimiento
de las cosas inmóviles.

Cantabas muy bajito
mirándome a la cara.
Y yo me desvanecía
perseguida en tus ojos...

18

Yo estaba sentada a mi puerta
cuando pasaste
con tu comitiva triunfal.
Sólo vi tu corona
y tu manto púrpura
y tus galas brillantes.
Pero yo sabía
que ibas allí, señor!

Día a día te esperaba,
te esperaba desde las rodillas de mi madre.
Ahora me salías al paso
bajo un peso de oros mezquinos.

Y yo que iba pegada del polvo
lloré de vergüenza,
de pena, de júbilo.

19

Tú pasaste a mi lado
sin darme siquiera tu cara,
sin decir una sola palabra!

Septiembre.
Han vuelto ya los tréboles
para enjugarte la sábana tibia.

Mira!,
ésta es tu misma huella,
por aquí pasó tu caricia...
No te canse
este fervor de tu criatura!
Yo no recuerdo haberte mirado con malicia.
Sólo sé que pasabas
y que yo iba contigo.

Con tu cara voy,
señor!,
porque me pego en tus ojos
y anuncio tu paso
y salto tu silencio.

20

Esa mañana salí temprano.
Mojé mis cabellos en el mar
y me puse flores nuevas.

Pero no me esperabas!

Volví a anudarme el pelo
y bajando los párpados
me arranqué las flores...
Por el camino de la playa
mi regreso prolonga
tu silencio...

21

Había querido alcanzarte
cerca de tu propio palacio.
Y anduve, anduve, anduve
toda la tarde...

Llevaba mis moños de novia
retorcidos y atados de olores.
Había rosas blancas en mis manos
y era mi corazón
como un rubí nervioso.

El día se puso oscuro sin encontrarte!
Y agazapada en mi plegaria
me he vuelto hasta la casa
triste de las inútiles ansias.

Y de la tierra inclemente
y desconocida,
oh! Señor,
no he traído más que este polvo,
humilde, desperdiciado,
que se vino en el ruedo de mi túnica...

22

De muy lejos llegó
el que hoy es mi esposo y señor.

Todos le salieron al paso.
Yo estaba olvidada en mitad de mis flores,
muda, como por encanto.

Empecé a andar.
Nadie se volvió a acompañarme.
Pero él estaba allí,
y presuroso se vino
por la estela rosada de mi huella.

Cuando llegó la noche,
todavía me sostenía en su pecho.
Me acariciaba, lento.
Contra su corazón,
como un vago perfume.

Los otros permanecían asombrados
detrás de nuestra sombra.

23

Me ha mandado esta flor.
Ya están olorosos mis labios!

Esta noche no perderé un minuto,
no miraré a las estrellas,
no pensaré en nada.
Me quedaré contigo,
florecita mía!
estrechada contra mi corazón.

Doblada de perfumes,
tú eres él,
y soy yo,
y eres la flor de la vida!

24 Camino por donde pasa él todos los días!
Yo te sembraría
de palmas y lirios morados.

Con estas mismas manos
que lo acariciaron,
yo te sembraría,
con la hierba más niña
para sus pies victoriosos.
Hojas como sedas,
pétalos, grama tierna
para mecer su paso!

¡Ah! ¡Mis cabellos tendidos
los volcara de esencias
para sus pies desnudos!

25

Esta mañana
montando tu negro caballo,
pasaste por el otro camino,
sin verme.

Había ido a sentarme en esa piedra
que ya conoces,
donde tantas veces
jugamos juntos...
Recuerdo que allí me dijiste
que era la más hermosa
de todas las mujeres.
Que te hacía feliz
cuando te acompañaba...

Hablando
te pasaban por la boca
hilos del más puro cabello dorado.
Mezclados con el viento
se confundían con tus palabras.
Tenías 15 años
y aún llevabas el cabello largo...

Mirándote al fondo de los ojos
te besaba
en pleno corazón orgulloso:
qué harías
con una madre fea y arrugada?

Han pasado diez años
y ya no puedo caminar sin báculo.

26

Si ya te tengo!
Te llevo secuestrado
en mi pecho de muchacha florida.

Contigo huyo cantando
primavera adentro...

Rey!
Tan valiente y tan grande!
Y cómo te escondes
igual que un pajarito de nada
en mi corazón!

27 Se inclinó hasta mi oído
y nada dijo.
Sus ojos tenían rumores de agua
y árboles crecidos.

Fue sólo un instante.
La eternidad
en este corazón pequeñito.
Por sobre todas las palabras
del mundo,
aquel momento fue mío.

28

Bajemos, señor!

El rocío

amaneció de oro lívido

para nosotros.

Anoche durmieron las nubes

sobre las hojitas alucinadas.

Y mis ojos han amanecido

agolpados de niebla...

Vas a dejarme con este asombro

de cristal en las manos?

Bajemos!,

el rocío

amaneció de oro,

de un oro nublado y vacilante

como tú..., como el amor.

29

Tú no has muerto.
Fueron aquellos días alegres
los que huyeron.
Ay! Cuando el enfurecido mar
nos cercaba de espadas
y colores encarnizados!
Y el corazón devastando
toda lágrima, toda zozobra...,
el corazón que sabía
ver florecer la risa
sobre los dientes de los niños.

Tú no has muerto.
Pero no sabemos qué hacer
con el acosado amor solitario!

Nos hemos quedado
Viéndonos las manos.
Lamentándonos aturdidos, descontentos
de nuestro propio mundo
abandonado.

30

Pensando que voy
junto contigo
no conozco el cansancio
ni la pesadumbre.

La ternura que pones
para pintar tu paso.
Tu paso sobre mi corazón,
que es como un aleteo de palomas,
como una lluvia fina
sobre la hierba niña...

Quedaron atrás las ciudades,
los hombres,
las palabras,
al aire suave,
sobre la tierra del trigo
yo te sigo así,
inocente.

Confundirán los vientos
nuestras últimas huellas!
Y entonces la tierra
una nueva flor
dará.

31 Se había levantado del asiento de piedra.
La tarde
le caía en los cabellos
y una palabra errante,
de larga sed,
le cortaba el paso:
tú eres el verdadero reino...

Dos brazos delgados,
sin pulseras,
cayeron sobre sus hombros.

En el cielo asomaban
las primeras estrellas...
Ya no se movían sus cabellos.
El viento seguía murmurándole,
desde la voz
que venía de lejos:
tú eres el verdadero reino...

Y hacía mucho tiempo
que se había ido.
Y la mujer seguía con los brazos levantados!

32

Yo sé que es un pecado,
pero no tiene remedio...
Mi corazón se ha vuelto loco.

Mi vida es un florecimiento!
Verde retoño. Campo encendido.
Fiesta de aromas
y colores!

Y huyo bajo los cielos turbados
porque no se me rompa el gozo.
La alegría es mi desnudez!

33

Te seguiré,
rey mío!
Por este camino por donde voy
con mi jadeo de esperanzas.

Hasta que vengas un día
por el verso de tu esclava!

Esa que te sigue
dándole vueltas a las madrugadas,
huyendo por el túnel de la noche,
naciéndote día a día
en tu zozobra...

34 Me da miedo tu casa...
Tu casa grande
llena de colgaduras
y cristales
y pasos apagados.

Qué maldad
no dejar entrar el sol!

Cualquier muchacha
sueña con tu palacio,
pero a mí me da miedo.
Con sus paredes tan altas,
y sus leyendas de oro!

Cuando estés en el balcón
voy a tirarte piedrecitas
de estas.
Tan bonitas!
Lástima que no te dejen
reunir conmigo
para jugar.

Si alguna vez pienso en ti
me das pena.
Tan solito en tu casa grande

35

De lejos vine
para verme con él.
Y ha pasado por mi lado
sin notarme...
El sol se echaba sobre el mundo
y nos alumbraba.
Con toda aquella luz
cómo no vio mi alegría?

Yo había venido con el viento.
Corriendo,
sofocada,
la blusa abierta...
Fue cuando su mirada
pasó sobre mi pecho.

Tantos siglos llevan encima
las cosas conocidas?

De lejos vine
para vernos.
Y él me miró
sin verme.

Para quién entonces
he podido conservarme virgen?

36

Noche de junio.
Sofocada la cara
he salido de la enredadera...
Todavía estoy llorando.

Olorosa a monte,
a nido...
Es de cayenas rojas
mi corona de novia!

El viento me sigue,
y todos los árboles me saludan.
Y el cielo parece que huye;
pero anda conmigo!
Mis lágrimas son de alegría

Que llegue Marzo!
Con los primeros retoños
mi hijo llegará.

Nacerá de mi llanto,
de mi susto con júbilo,
de mis mares sin luna...

Entonces
sabré yo, sabrás tú,
el significado profundo
de estas cosas...

37

En silencio
tú me llamaste, señor.
Yo nada sabía,
y miraba tu boca
y no sentía venir tu palabra;
pero me llamaste!

Cómo se perseguían
nuestras manos
tratando de alzarse!
Sobre los tréboles de la mañana
teman el tacto iluminado
de las primeras lluvias.

Levantando mi rostro
hasta tus ojos,
sobre mí reposaste.
Al alcance de mis labios.

Y de amor,
y de rocío,
y de lágrimas!
estaban llenos!

Cuando te alejaste,
sobre el céfiro de tu manto
brillaban hojitas de trébol,
gotas de rocío,
cabellos zafados de mi trenza...

Yo quedaba con tu reposo.
Las hojas conmovidas!
El sol abierto...
Toda la luz del día
en mis ojos!

38

Si vamos a la ciudad
no vayas a tomarme del brazo.
No quiero parecerme
a esas mujeres
que llevan hombres aburridos.

Sin doctores,
ni iglesias,
ni papeles,
nosotros nos casamos
por amor.

Vamos!,
como en el campo!
cogidos de las manos,
retozando...
Como si fuera domingo!

Como un par de campesinos.
Como somos.
Vamos!

Que se rían de nosotros;
pero que se rían
con envidia...

39

Aquí en silencio
estoy guardando el sueño
de un niño
que no es mío...
Junto a su sueño tranquilo
qué hermoso está mi pecho!

El viento abre la ventana
alzando las cortinas.
Y él llora.
Tomándolo en mis brazos
con ternura
le empiezo a cantar...
Y mis brazos retozan.
Y los dos reímos
haciéndonos amigos.

Se ha dormido
sobre mi regazo...

Cómo está de lindo,
de feliz!
Más tarde
tendré que darle el pecho?

40

No me dio tiempo para pensar
si era sólo un aire
de primavera...
Ya estaba con rubores mi rostro!
Y olvidados mis juegos,
y temblando los lazos de mis trenzas
con el soplo de su aliento.

Sería la hora,
o aquellos cantos oídos dentro de la noche?
Tan cerca, y a distancia...
Sería aquel viento
cargado de libélulas felices?

Con los labios blancos
como las flores de mi guirnalda,
amanecí con esposo.

Ya nada me importa
si fue real mi sueño
él es la primavera!

En el aire
siguen las libélulas amándose libremente...
Y ya nadie me tiene
más que él!

María Calcaño, la voz que quema

Mi mayor ambición: ser rica. Mi adoración perpetua: el hombre. Mi debilidad: el amor. Mi día favorito: el lunes. Mi número: el 7. Mi piedra preciosa: el zafiro. Lo que considero más perfecto de mi cuerpo: los senos. Lo que quiero más: mis brazos. Lo que cuido más: mis pies. Mi deseo constante: viajar. Mi color favorito: el azul. Mi metal: el bronce. Lo que más me alegra: la lluvia. Lo que me entristece: los locos. Mi mayor defecto: mi inconstancia. Mi gran virtud: la piedad. Mi atracción: el mar. Lo que más me atrae fuera de él: las serpientes. Mi animal: el gato. Mi gran temor: la víbora.

Credo, María Calcaño

Si al menos hubiera hablado de su cuerpo en términos de martirologio, de dolorosa renuncia; y de su entrega, en el tono a medias culpable y rencoroso de la damisela reducida a servidumbre conyugal. Pero no. En vez de eso, María Calcaño consignó la frecuencia e intensidad con que disfrutaba la vida y escribió versos para tantear hasta dónde podían las palabras nombrar el júbilo furioso de la experiencia amorosa, así como las incógnitas de la maternidad y las profundas galerías por donde franquea la feminidad. Y lo publicó, echó sus páginas a la cara de una sociedad poco tolerante con atrevimientos tales, mucho menos en una mujer casada. Ya era suficiente que saliera a la calle a bailotear entre los charcos cuando la lluvia la distraía de las faenas domésticas y que no se metiera a la casa cuando, empapada y con los ruidos

manchados de fango, se exponía con el transparentado vestido pegado al cuerpo. ¿Estaría loca?

María José Francisca del Carmen Calcaño Ortega nació en Maracaibo, el 12 de diciembre de 1906, en el hogar de Camilo Calcaño Nebot y Francisca Ortega, hija no reconocida de un italiano avecindado en la capital zuliana. Su padre se ocupó de inculcar en la pequeña María el amor por la literatura mediante el hábito de la lectura de grandes poetas, pero quiso el infortunio que muriera de tuberculosis en 1917, cuando la niña tenía once años. Su educación formal llegó hasta segundo año de bachillerato.

Sumida en la pobreza, Panchita Ortega esperó a que María cumpliera catorce años para entregársela a Juan Bautista Roncayolo Parra, de 30 años, miembro de una familia adinerada, que se casaría con ella tras seis años de convivencia. María tenía, pues, veinte años cuando concurrió a la prefectura para contraer matrimonio civil con quien había vivido “en concubinario”, según anotó el prefecto.

Hijo de Joseph André Roncayolo Maroni y de María Ana Parra López, el marido era “hijo legítimo”, mientras que ella era “hija reconocida”. No es lo mismo y en esos años podía ser muy distinto. La brecha entre Juan Roncayolo y María Calcaño no era pequeña.

Ella había sido conducida a casa de él cuando era una niña de trece años y no tenía más posesión que la caja de muñecas que llevó consigo a su nuevo hogar. Él, en cambio, era nieto del empresario corso Benoit o Benito (Benedetto) Roncagliolo Bruno, constructor del Gran Ferrocarril de La Ceiba, que iba desde ese punto en la orilla del lago de Maracaibo hasta Motatán y que funcionó entre enero de 1887 y 1945, así como del Gran Ferrocarril del Táchira, que conectaba este estado con el Puerto de Encontrados, en el estado Zulia, y propietario de buques que hacían tráfico en el Lago de Maracaibo.

En 1930, cuando la escritora arribó a los 24 años, ya había tenido seis hijos. Indicio de que semejante esfuerzo no había agotado su vitalidad ni comprometido su inclinación a las delicias del amor es que no mucho después de concluida la obligación reproductiva con Roncayolo, María se convirtió en amante de Héctor Araujo, escritor y periodista, de su misma edad (nació también en Maracaibo, seis meses después que la poeta).

Era muy difícil mantener en secreto unas relaciones entre la esposa de un notable, autora, por si fuera poco, de versos marcados por la carga reactiva del erotismo, que ya habían aparecido en alguna revista, y un hombre soltero, perteneciente a una familia conocida en Maracaibo, y antigomecista para más señas. El repudio de las buenas gentes encontró en ella jugoso blanco. Hasta en las iglesias se la aludió con las metáforas de ordinario reservadas a Satanás.

Es curioso porque para el momento en que María Calcaño devino piedra de escándalo, Maracaibo ya era la cabeza de un enclave petrolero, en una década habían llegado a la ciudad más extranjeros que en toda su historia. En los —escasos, eso sí— restaurantes se hablaba inglés con varios acentos y holandés, entre otras lenguas. Como ocurre en estos entornos mineros, los ingenieros, geólogos y técnicos especializados se codeaban con aventureros, tahúres y señoras muy maquilladas, pero los familiones maracaiberos no experimentaron la más mínima apertura, para ellas las tradiciones permanecían igual que antes de que el Zumaque reventara en julio de 1914. Ya se podía desgañitar el subsuelo en su barbotar de hidrocarburos y pulular los musiúes con sus caras enrojecidas y sus ventiladores de techo, que la gente decente no variaría en nada sus valores y protocolos. Lo que es la tipa esa...

A María Calcaño se le redujeron las opciones. Hasta sus hijos se habían quedado sin un pupitre donde refugiarse del chaparrón abatido sobre su madre: fueron expulsados de sus colegios. Un

año antes, en 1935, la chilena Editorial Nascimento había publicado su primer libro, *Alas fatales*, un volumen tan desafiante y disruptivo que, al leerlo, el poeta Andrés Eloy Blanco cedió al impulso de escribirle una carta llena de entusiasmo:

«Su libro quema, María Calcaño. Tengo los dedos y los ojos abrasados de leerlo y de tenerlo. Se abre el libro, y se enciende como yesquero. Se cierra, se apaga, pero queda uno chamuscado. Todos los poemas del libro me gustan. Todos. Es usted terriblemente poeta, y es intrépida y honda: ‘hasta no saberle el tamaño’. ¿Vive usted en Maracaibo, definitivamente? ¿Cómo fue eso de publicar en Chile? Yo quisiera saber cosas de usted, María. ¿Quiere contarme cómo recibieron su libro? ¿Y qué edad dice usted que tiene? Lo que sé de usted es que es una gran poeta y tiene un admirable y tierno corazón de diablo. Y que hace arder las manos».

—Cada vez son más frecuentes los estudios y los análisis críticos de la obra de María Calcaño, —escribió la ensayista Lilia Boscán de Lombardi en el prólogo a la biografía de la poeta escrita por Marlene Nava Oquendo con el título de *María, de los Calcaño poetas*— pero no siempre fue así. Por mucho tiempo, su obra estuvo oculta tras un muro de silencio. Cuando publicó *Alas Fatales*, en 1935, voces conservadoras criticaron y desaprobaban esta poesía diferente que inauguraba una nueva manera de escribir poesía en la que expresaba sentimientos y deseos con absoluta libertad, sin temor a ser señalada en una sociedad tan conservadora como era Maracaibo en esa época, aferrada a las tradiciones y a los convencionalismos sociales del pasado. Ella desafía a la sociedad, escribe como siente y como piensa, sin hacer concesiones. La lectura de la poesía de María Calcaño revela el yo profundo de la autora, la rebeldía constante y el afán de expresar libremente las vivencias y sentimientos asociados a los hechos que ocurren cotidianamente en el transcurrir del tiempo.

No tenemos la respuesta de la zuliana a la misiva del poeta cumánés, pero sabemos “cómo recibieron el libro”. ¿Bastará con decir que la ciudad, igual que Blanco, hizo combustión y que la censura de sus conciudadanos fue tal que a María y su familia no le quedó más salida que el exilio? El elogio y la invectiva fluyeron a partes iguales. Para colmo, Héctor Araujo, su gran amor, había empezado a dar muestras de enfriamiento y, lo peor, de ir por allí con otras, lo que a ella le producía gran angustia y desolación.

En 1939, María Calcaño salió de Venezuela. Estaría fuera casi una década, entre Colombia, Ecuador y Perú, respectivamente. El esposo, lo mismo que el amante, quedó en Maracaibo. Al parecer, las comunicaciones entre los esposos se redujeron a lo mínimo y es sabido que Roncayolo le escribió a un amigo común una carta donde le rogaba a este «aconsejarla a fin de que no escriba cosas tan fatales para mi i mis hijos, como su primer libro. No se me da casi ningún cuidado lo que pueda escribir, estoy ya viejo i enfermo i contados pueden ser mis últimos días, pero que lo haga por esos hijos tan queridos i tan buenos».

Se echa de ver que, a esas alturas, al marido, financista de la expatriación, le daba igual con quién dormía ella y con cuánta nitidez divulgaba luego sus desmayos en los poemas. Quizá haya sido un alivio para él la partida de la conflictiva mujer y su prole, tan maltratados por una comunidad que veía con buenos ojos el tálamo de un hombre de 30 años con una adolescente huérfana, pero se sulfuraba si ella cotejaba en su literatura el gozo que era capaz de experimentar, deliquios, por cierto, que no quedaron suspendidos con la migración, puesto que hay pruebas de que el inconstante Héctor Araujo se dio unas pasaditas por los predios suramericanos de la dionisiaca María.

A finales de los años 40, la familia regresa a Maracaibo. Juan Roncayolo ha muerto. María, quien escribe sin cesar, poemas, entradas en su diario, cartas... no tiene ya trabas para continuar su

frecuentación con Héctor, quien es, además, su gran interlocutor. Uno de esos días, ella escribe en su diario la respuesta que le había dado a su “amo”, cuando este le preguntó qué haría ella si él moría primero. «Me masturbo, te soy sincera». Las carcajadas con las que él premió la desfachatada contestación da una idea de la complicidad y compenetración de su alianza.

Para entonces la muerte ya los ronda. Será su dama de honor, ya que en 1953, a sabiendas quizá de que el fin estaba cerca, Héctor cumple al fin su promesa de matrimonio. Poco cambia, María persiste en su escritura diríase compulsiva, en su pasión amorosa... y en el consumo de cigarrillos. Dos cajetillas cuando ya le costaba respirar, incluso a sabiendas de que la dificultad tenía un nombre, cáncer de pulmón.

María Calcaño murió en Maracaibo, 23 de diciembre de 1956. Esa misma semana salió de la imprenta su libro *Canciones que oyeron mis últimas muñecas*, publicado por la Asociación Venezolana de Escritores. Y en 1961 apareció *Entre la luna y los hombres*.

Tras esta edición póstuma, el nombre de María Calcaño cayó en el olvido. «Al reeditarse en 1985 la obra de María Calcaño, treinta años después de su muerte», escribió el ensayista Cósimo Mandrillo, «su poesía generó una inmediata aceptación en la comunidad lectora del país. La recepción de sus textos se afianzó sistemáticamente en el erotismo evidente de los mismos. Aunque el entusiasmo general sirvió para difundir sus poemas entre los muchos que no los conocían, el hecho de concentrarse en el plano erótico descuidó el análisis de otras vertientes de interpretación tan ricas o al menos tan importantes como aquel».

Reivindicada como de las figuras más interesantes de la poesía del siglo XX venezolano, en la actualidad, la obra de Calcaño ha comenzado a traducirse y sus libros son estudiados en los departamentos de Literatura y de Español de importantes universidades

de Hispanoamérica, Europa y Estados Unidos. En todas partes seduce la vibrante voz de quien orara con este fervor:

*¡Oh, Dios
mío, hazme buena;
¡pero consérvame mala
para mantener
su fuego!*

Milagros Socorro

NOTA: Estas líneas deben mucho al minucioso estudio biográfico de la historiadora y periodista Marlene Nava Oquendo, *María, de los Calcaño poetas*, quien nos facilitó una copia antes incluso de que fuera impreso en 2024.

